La pobreza infantil en América Latina

1. ¿Cómo abordar la pobreza de niños y niñas?

En América Latina, la pobreza tiene rostro infantil. Niños, niñas y adolescentes presentan índices alarmantes de pobreza, muy superiores a aquellos que padecen otros grupos de edad. Esta pobreza condena a su reproducción entre generaciones y restringe dramáticamente las posibilidades de desarrollar capacidades y plasmar oportunidades a lo largo de toda la vida.

A fin de relacionar las estimaciones de pobreza con la estructura distributiva de la sociedad, se ha recurrido a otra forma de mirar la pobreza infantil en la región. Si las mediciones de pobreza absoluta nos hablan del porcentaje de niños y niñas que se hallan por debajo del "nivel mínimo de ingresos" que les permita cubrir sus necesidades básicas, la pregunta central que inspira esta otra estimación de pobreza es la siguiente: ¿qué porcentaje de niños y niñas se encuentran muy por debajo del "nivel promedio de ingresos" de la sociedad y, a raíz de ello, se ven impedidos de disfrutar del bienestar al que deberían tener acceso según la productividad media de la sociedad en que viven?

Más que en el nivel de consumo necesario para satisfacer las necesidades básicas, esta pregunta subraya el patrón de consumo medio que prevalece en la sociedad y considera pobres a quienes no pueden acceder a él. Para ello, la metodología utilizada estima como pobres a aquella población cuyo nivel de ingresos no alcanza a la mitad del ingreso mediano de la población nacional. Esta forma de analizar la pobreza en la infancia es de particular relevancia en América Latina, que es la región con mayor inequidad del mundo. En otras palabras, el propósito de este análisis es vincular de manera más explícita a la pobreza con la inequidad en la distribución del ingreso.

Teniendo en cuenta las consideraciones anteriores, en el presente análisis se procuró identificar el porcentaje de niños y niñas que viven en hogares con ingresos por debajo del 50% del ingreso medio en 17 países de América Latina, y establecer algunas comparaciones con las mediciones de pobreza absoluta. Es importante destacar dos conclusiones de este ejercicio. La primera es que se trata de un grave problema en todos los países de la región, y no sólo en los más pobres, porque, en todos, la pobreza infantil relativa es mayor que la de todos los países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), lo que

constituye una alerta sobre su evitabilidad en sociedades más igualitarias. La segunda conclusión es que el indicador de pobreza relativa revela también la exclusión social y la negación de la ciudadanía, siendo pobre quien, comparados sus ingresos con los del conjunto de la sociedad, se ve privado del derecho de inclusión social.

2. La pobreza infantil aumenta en volumen y en urgencia

En los países latinoamericanos, la gran mayoría de los niños y niñas en situación de pobreza relativa se enfrentan, además, a grados muy extremos de privación absoluta, lo que acentúa la urgencia del desafío planteado por la pobreza infantil. Los niños y niñas pobres de la región, además de verse imposibilitados de acceder a los estándares generales de bienestar establecidos en sus sociedades, se hallan en gran medida impedidos de satisfacer sus necesidades básicas, lo que destruye sus capacidades presentes para aprovechar oportunidades futuras a causa, por ejemplo, de la desnutrición y la mortalidad. La desigualdad característica de nuestros países no sólo los afecta hoy, sino que les hipoteca la vida. Además, desde comienzos de los años noventa a los inicios de la década actual, se registró un aumento de la pobreza infantil en 13 de los 17 países latinoamericanos analizados.

3. A mayor concentración del ingreso, más pobreza infantil

Entre 1990 y 2002, el Producto Interno Bruto (PIB) per cápita creció en casi todos los países de América Latina, aunque de manera inestable y en contextos de alta volatilidad. Las excepciones fueron Ecuador, Honduras, Paraguay y Venezuela. Por tanto, el aumento de la pobreza infantil en la mayoría de los países se relacionó fundamentalmente con la mayor concentración del ingreso en un contexto de crecimiento inestable. En ese contexto, los sectores de más altos ingresos tuvieron mayor capacidad para apropiarse de los beneficios del crecimiento, mientras que los de menores ingresos vieron acrecentada su vulnerabilidad laboral. Esta asimetría de crecimiento económico con detrimento de los ingresos laborales de los más pobres es, pues, un rasgo característico de América Latina y explica, en importante medida, la perpetuación del alto nivel de inequidad en nuestras sociedades.

4. Conclusiones

Los niños y niñas latinoamericanos están expuestos a una doble circunstancia negativa: forman parte de sociedades muy desiguales, que no les aseguran a todos las mismas oportunidades y, además, viven en sociedades con menores recursos, por lo que una proporción muy elevada

de ellos no tiene acceso a niveles mínimos de consumo básico en alimentación, salud, vivienda, educación y recreación. De esta manera, ven severamente limitadas sus posibilidades de bienestar presente y futuro y, con ello, la situación de pobreza y desigualdad se reproduce en el tiempo.

Los resultados de este análisis permiten establecer claramente que, en la mayoría de los países de América Latina, la pobreza relativa ha aumentado en la infancia. Esto se relaciona, en parte, con un incremento en la concentración de los ingresos, una pérdida relativa de poder adquisitivo más concentrada en familias de los estratos de menores ingresos, y la persistencia de un mayor número de dependientes por familia en hogares pobres.

A diferencia de los países de la OCDE, que aún ofrecen ingentes servicios sociales, en América Latina, los sistemas de protección social son todavía incipientes y de baja cobertura. Ello acentúa la vulnerabilidad de las familias más pobres e incide negativamente en su capacidad de brindar un entorno protector a los niños y niñas. En este marco, está claro que las familias configuran la primera "línea de defensa" de niños, niñas y adolescentes, por lo que son cruciales las medidas destinadas a fortalecer las capacidades familiares en términos de provisión tanto de bienes y servicios, como de protección contra las diversas formas de explotación y abuso, fenómenos frecuentemente agravados por situaciones de privación material.

Utilizando la perspectiva de la pobreza relativa y estableciendo una mirada comparativa con los países de la OCDE, en el presente análisis se ha puesto en evidencia que no es necesario que los países de la región alcancen niveles relativamente altos de ingreso para reducir la pobreza infantil. En consecuencia, lo razonable sería enfocarse estratégicamente en inversiones básicas y efectivas, entre las que se incluyen medidas como la provisión de micronutrientes esenciales, una adecuada cobertura de inmunización, el acceso a agua potable y saneamiento adecuados, así como servicios de desarrollo infantil temprano, entre otras.